

WALDO ROJAS

CIELORRASO

Una breve incursión que hacíamos por las murallas de la pieza antes de que empezara el sueño a lamernos tiernamente y se nos fuera haciendo el cielo un exacto cuadrado por sobre la cabeza, un patio blanco donde improvisar juegos o terrores.

Hay frases que uno recuerda antes de caer maniatado en el sueño:

“Las ciudades nunca duermen en las noches”, por ejemplo, o si no

“Las palabras se las lleva el viento”.

Pero ahí estuvo el cielorraso dispuesto a desmentir cualquier engaño, riguroso en mantener las formas, siempre atento a las transformaciones.

La vigilia es la encargada de guardar las proporciones aunque los días sean cada vez más cortos

y en la misma medida se vayan alargando las calles, al amanecer, desde las puertas bostezantes de los bares que aun permanecen abiertos y los cuatro puntos cardinales signifiquen una misma cosa, entretanto

la noche se escurre como agua sucia por las alcantarillas.

Uno puede decidirse a olvidar el intenso olor a soledad que adquieren las casas de las viudas;

la compasión misma naufraga en el olvido lo mismo que las buenas [intenciones

en el eterno desacierto.

Y así uno puede irse por las calles, dando de pisotones a las baratas que le salen al encuentro

y se quedan pegadas contra la acera como escupitajos negros.

“Las palabras se las lleva el viento”, aseguraba una mujer, como se lleva el viento el polvo de las calles

y lo deposita sobre las mesas y las tapas de los libros, sobre las botellas y los calendarios

y entonces las esferas de los relojes murales
se parecen demasiado a los ojos de los muertos.

(Raúl y yo odiábamos las ciudades las más veces del día
a pesar de las luces de mercurio y del ojo de cíclope de los taxis
brillándoles en la frente).

Sin embargo, aun dormidos, el ineludible cielorraso sobre la cabeza;
un cielo venido a menos, cabizbajo, al alcance de los dedos.

Un cielo hecho a la medida que le asigna la locura,
al alcance de los dedos de las sombras que salpican desde afuera
sangre negra de gatos nocturnos.

Para iniciar el juego había que reconocer sombras en la espesura
del cielorraso.

Ahí entonces el *abracadabra* del sueño, la clave de las metamorfosis:

Todas las almas que son pardas en la noche, lo mismo que los gatos,
aunque la tentación de la nostalgia se obstine en cambiar los colores
y acicalar los recuerdos resucitando algunos muertos.

Hay frases y rostros que recordar, de espaldas bajo el cielorraso,
aunque las palabras se vayan con el viento

y la mejor respuesta la dé el *quien sabe adonde*;

hay un mariposear de murciélagos y ya todo está dicho;

sombras sobre el cielorraso y ya todo está visto

por debajo de las máscaras,

según la magia gris descolorida en la maraña de las sombras.

Una breve incursión por las cuatro murallas de la soledad
mientras las puertas se entregan a las llamadas de los puños,
golpes reconocibles en la madera de las puertas,

mientras chillan timbres eléctricos al fondo de las casas

y los automóviles van sitiando la ciudad

tal cual las cucarachas que esparcen su terror en las esquinas.

Pero las barredoras municipales dicen la última palabra.

Nada les es más suyo que la noche, como los múltiples papeles in-
[servibles,

las cáscaras y toda la mugre de la ciudad,

los escombros mínimos que alguien abandona en las aceras,

las baratas pisoteadas y los escupitajos.

El rugido de las barredoras es la última interrupción permitida.

Lo demás es un viento oscuro, mudo, que una a una se lleva
a las palabras.

1965.